

El balonazo

Belén Gopegui

Ilustraciones
de Oriol Vidal



EL BARCO
DE VAPOR



sm

Primera edición: julio de 2008
Decimotercera edición: abril de 2015

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Berta Márquez
Revisión editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Belén Gopegui, 2008
© de las ilustraciones: Oriol Vidal, 2015,
ilustrador representado por IMC Agencia Literaria
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Daniel y Mariú
siempre.*

● 1

CINCO COSAS

NO SE VEN LAS ESTRELLAS. Cuando a Daniel le dieron un balonazo en pleno ojo, vio un triángulo verde del tamaño de una pelota de tenis, a pesar de que el balón que había chocado contra su ojo era de cuero blanco con hexágonos negros. ¡Y lo había lanzado su madre! Estaban jugando los dos en el pasillo, Daniel iba ganando siete a tres, su madre tiró, y ¡zas!, directo al ojo. Hubo que suspender el partido.

Daniel tenía diez años y el pelo de punta, como un cepillo. Aunque su madre le dijo que se diera agua fría en el ojo, él había preferido irse directamente a la cama. Es que era la quinta cosa que le salía mal en ese día y necesitaba pensar. Las otras cuatro no habían sido todas igual de importantes.

Por ejemplo, que el compás no estuviera en su mochila y no hubiera podido hacer el ejercicio

en clase de mates le había preocupado, pero luego se le pasó.

La segunda cosa sí que le seguía dando rabia: en el partido del recreo, la pelota había rebotado en sus piernas y había ido directamente a la portería propia. Iban tres a tres; por su culpa pasaron a ir tres a cuatro y perdieron el partido. Hugo lo miró y no dijo nada; Alberto, el portero, tenía la cara triste.

Por la tarde, Alberto fue a casa de Hugo. Daniel le había preguntado a su madre si le dejaba ir con ellos, pero no pudo ser: su padre estaba dando un curso y no podía ir a buscarle; su madre tampoco podía. Esa había sido la tercera cosa.

La cuarta fue, más que nada, rara. Su madre le había pedido que bajara a la tienda de la esquina para comprar salsa de tomate. Le dio un billete de cinco euros. Daniel compró el tomate y al volver se quedó mirando las pelis y los discos del pirata que siempre se ponía en la esquina de la calle. El pirata le habló:

—¡Oye, chico!

Era un joven negro que pronunciaba bastante bien el español.

—¿Me compras agua?

Daniel se miró la mano; le habían sobrado tres euros y algo.

–Bueno –dijo.

Volvió a la tienda de la esquina y compró una botella de agua. Se la llevó al pirata.

–Me ha costado un euro –le dijo.

El pirata cogió el agua, sonrió y dijo:

–Mañana, te doy el euro mañana.

Daniel le dijo que el dinero era de su madre. Pero el pirata volvió a decir:

–Mañana.

Así que, al subir a casa, Daniel fue a su cuarto y buscó la hucha, porque pensaba que si le explicaba lo que había pasado, su madre podía enfadarse. Justo cuando había abierto la hucha, entró su hermana en el cuarto y le vio coger un euro.

–¡Daniel ha abierto la hucha!

Mariú tenía seis años recién cumplidos. Se llamaba igual que una amiga de sus padres, era un nombre italiano. Daniel le pidió que le guardase el secreto y le prometió contarle más tarde lo que había pasado.

–Luego, no; ahora –dijo Mariú.

Daniel perdió la paciencia:

–¡Déjame, ahora no puedo! –dijo levantando la voz.

Mariú lo miró con ojos llorosos. Daniel tuvo que darle uno de sus caballeros para consolarla y un muñeco viejo de un indio que le gustaba mucho. Luego, su madre ni siquiera miró el dinero de las vueltas y la cosa se olvidó.

El balonazo en el fondo no había sido tan importante. Pero Daniel no tenía un buen día. Además, le daba rabia que no se vieran estrellas. «Los libros otra vez», pensó. Empezaba a estar muy harto de los libros. Nada de lo que contaban era verdad. En los libros siempre había un chico que no se atrevía a subir montañas y al final acababa siendo alpinista, o un joven bastante pobre que se encontraba a una mendiga en el bosque; el joven le daba un poco de su comida a la mendiga, y la mendiga terminaba regalándole mil monedas de oro, o resultaba ser una princesa encantada impresionante. El ojo ya le dolía menos. Mientras estaba pensando esto, entró su padre.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, un balonazo en pleno ojo.

—¿Cómo ha sido?

—Mamá.

—¡Mamá! —su padre se echó a reír—. Pero si mamá chuta fatal. ¡Mira que es mala pata!

Entonces él también se rio por lo de la pata. Exactamente eso había sido: mala pata. Para un chut bueno que hacía, fuerte, potente, iba a parar a su ojo. Enseguida entró su madre.

–¿Te sigue doliendo?

–No, ya casi no. ¡Para una vez que haces un buen tiro! –dijo Daniel.

Su padre salió, su madre le acarició la frente.

–¿Apago la luz, o vas a leer un rato?

–No voy a leer –dijo Daniel. De pronto, le salió la furia de todo ese día y añadió–: ¡No pienso leer nunca más! ¡Odio los libros!

Su madre, que ya salía, se acercó y se sentó en su cama.

–¿Por qué? –preguntó.

–¡Porque sí! Me gustan los deportes y odio los libros, y punto.

–Pero eso no es una razón.

–Porque están llenos de mentiras, por eso. Estoy harto de todos los personajes de los libros: sus padres les dejan ir solos a muchísimos sitios, y en esos sitios siempre encuentran misterios y siempre los resuelven. Ni siquiera me importa que los resuelvan, lo que no me creo es que haya tantos misterios. Y los pasadizos. Siempre acaban descubriendo pasadizos secretos, pero yo

no he visto un pasadizo en mi vida. Y me da rabia que siempre vivan en pueblos pequeños donde es facilísimo hacer reuniones de todos los amigos y hasta salir de noche a investigar y cosas así.

–Bueno –dijo su madre–. Algunos de esos libros están escritos en otro país, tratan de niños que no viven en ciudades grandes, y es verdad que no hay tantos misterios.

–Odio todos los libros –dijo Daniel–. No solo esos. ¿Por qué en los libros los cobardes al final se vuelven valientes? ¿Es que no hay ningún cobarde que siga siendo siempre cobarde? Se vuel-



ven valientes y hasta se ofrecen como cebo para salvar a los demás. Y lo de las viejecitas que te regalan monedas de oro, ¿qué? Y ganar, mamá. En los libros, el bueno siempre acaba ganando. Eso es otra mentira.

Se oyó a lo lejos la voz de Mariú:

-¡Maaamáaaaaaaaaa!

-Voy a darle el beso a tu hermana.

-Te va a contar lo de la hucha.

-¿Qué? -dijo su madre ya en la puerta, pero sin esperar respuesta en realidad.

-Nada -dijo Daniel.



Cinco minutos después, volvió su madre y le preguntó qué era toda esa historia del agua y el pirata.

–¿Lo ves, mamá? Si hubiera sido un libro y yo le hubiera dado una de mis monedas a un mendigo de ojos violeta, no pasaría nada. Pero en la realidad, le compro una botella de agua a un pirata y no te parece bien.

–No he dicho que no me parezca bien. Lo que no me gusta es que no me lo hayas contado.

–Es que si te lo hubiera contado justo al llegar a casa, me habrías reñido, estoy seguro. Cuando estaba mirando los DVD del suelo, el pirata me pidió que le comprase una botella de agua. Lo hice, le dije que me había costado un euro, pero no me lo dio, me dijo que mañana. Como no quería que me riñeras, puse un euro de mi hucha. Es todo lo que ha pasado.

–Yo creo que mañana te lo devolverá –dijo su madre.

–Ya. Y me dará poderes para meter siete goles en cada partido.

–Mientras no sean siete balonazos en cada ojo... Bueno, así que no vas a leer, ¿no? ¿Te apago la luz?

–Ya la apago yo.

Daniel estaba preocupado por el partido del día siguiente. Pensó que la preocupación no le iba a dejar dormirse y, mientras lo pensaba, se durmió.

● 2

EL BANQUILLO

AL BANQUILLO. Eso ya lo sabía: de cada diez partidos, nueve los empezaba en el banquillo. Luego lo sacaban, pero después de un rato. No le importaba mucho. Le gustaba animar a los jugadores desde tan cerca. Si el partido se ponía aburrido, hacía ejercicios de calentamiento y se imaginaba que estaba en un estadio de fútbol de verdad.

Alberto tenía unos ojos negros enormes y unas manos también muy grandes. Era el portero. En la banda izquierda, Hugo, algo más alto que Daniel, llevaba el pelo largo y hacía de defensa, de mediocampista y hasta de delantero, porque era el que más corría y era un gran recuperador de balones. En la otra banda estaba Gonzalo, que tenía los ojos redondos de color miel y el pelo del mismo color, muy rizado, y corría mucho; controlaba bien el balón. Ese día, Gonzalo

estaba en el banquillo junto con Daniel y seguramente no iba a jugar en todo el tiempo porque se había torcido un tobillo en su casa, justo antes de salir. Miguel Ángel siempre jugaba con unas zapatillas de color azul brillante, y era delantero igual que Daniel, aunque corría mucho más; Pablo el Regateador también era delantero, y era muy bueno, solo que era de un curso menor y se cansaba pronto. Y en el centro del campo jugaba Alicia, una chica bastante alta de pelo negro recogido en una cola de caballo. Alicia corría tanto como Hugo y tenía buena puntería, pero le costaba más regatear.

Iban perdiendo dos a uno cuando lo sacaron para sustituir a Pablo. Daniel empezó a correr de un lado a otro. Hugo había interceptado un pase del equipo contrario y corría con la pelota por el centro del campo. Miguel Ángel le hacía gestos para que se la pasara, pero había un jugador del otro equipo a su lado. Daniel estaba bastante lejos.

Hugo miró a Daniel, dudó y decidió seguir corriendo con el balón. Por fin, hizo un disparo muy bueno, pero, como su posición era regular, el balón pasó a pocos centímetros del poste y salió fuera. Tuvieron otras dos oportunidades, sin suerte. Después, Daniel volvió al banquillo.